apelaba simplemente á sus *obras*. Y aun frecuentemente sofocaba el ruido de estas obras. Mostrábase en todo *dulce y humilde de corazon*. Dos sentimientos le escitaban á esto; la gloria de su Padre á quien remitia toda la suya, y el amor de los hombres que le hacia decir: *es mi delicia estar con los hijos de los hombres*. No es esto decir que negara su divinidad, sino que tamizaba sus rayos, y solo despues que la hubo hecho desaparecer la ignominia de su muerte, fue cuando se manifestó clara y esplendente.

Pregúntolo á la mas fría reflexion; ¿es esto un hombre que quiera *hacerse pasar por Dios?* ¿No es mas bien Dios queriendo pasar por hombre? ¿Qué mayor prueba de verdad, si la verdad es lo contrario de la mentira? Todos los que han querido abrogarse el título de Dios han disimulado cuánto han podido su procedencia humana: esto consistia en que solo eran hombres. Jesucristo únicamente ha buscado la condicion humana en toda su bajeza y en todo su horror: esto consiste en que es Dios.

Aparece en ello doblemente Dios; por ser un testimonio convincente de la veracidad de sus declaraciones, y porque solo Dios pudo salir de semejante eclipse radiante de gloria; y en ese eclipse de la Cruz en que desaparece el mismo y en que Jesucristo quiso, no solamente pasar, sino *permanecer* á nuestra vista, y hacerse adorar del universo.

En cuanto rindió el último suspiro, esclamó el Centurion del Calvario golpeándose el pecho: «¡Verdaderamente este era Dios!» y diez y nueve siglos despues, Proudhon ha esclamado tambien: «¡Si reconoceis un *Sér Supremo, de rodillas ante el Crucificado!* (1)»

¡Es preciso que se haya borrado el sentido de lo bello para vacilar!

Esta vacilacion merece, no obstante, que busquemos su

(1) *De la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia*, t. II, pág. 207.

última raiz. Quiero decir la raiz racional; porque todavía quedarán las raices morales que no ceden sino á la gracia y que son asunto de la voluntad. Estas no podemos menos de ponerlas al descubierto.

¿De dónde proviene esa vacilacion despues de tantas y tan manifiestas razones para rendirse á Jesucristo?

Proviene de que ponemos entre el hombre y Dios, para lo verdadero y el bien, demasiada distancia; al mismo tiempo que salvamos esta distancia con sobrada facilidad para lo falso y para el mal.

¿No es singular, en efecto, que el hombre que se hace tan fácilmente Dios, esperimente tanta dificultad en creer que Dios se hizo hombre? Debe tambien notarse que estas dos suposiciones se encuentran en toda su intensidad en las mismas épocas. Así el Estoicismo que ponia á su sabio al igual y aun por encima de Dios, coincidió con la mayor aversion que hubo jamás contra el Cristianismo, y en nuestros dias, los mayores enemigos de la creencia en el Dios hecho hombre, abrazan la de la Humanidad Dios.

Hay en esto una razon que ya hemos dicho, pero que no nos cansaremos de recordar.

Y es que hay realmente algo de Dios en el hombre, un rayo, una impresion, una semejanza, por las grandes facultades de conocer, de amar, de querer en libertad; facultades insaciables en la persecucion de su objeto, porque este objeto no es otro que lo infinito, lo infinito en verdad, en belleza, en perfeccion, en progreso, Dios mismo, de quien el hombre participa doblemente, como principio de donde proviene y como fin al que se dirige por todas sus facultades.

Hé aquí lo que hace que el hombre se tenga tan facilmente á sí mismo por Dios; es una razon de *raza*, de *parentesco;* y salvo el trastorno que de ella hace el impio, estamos de acuerdo con él respecto de esta razon.

Pero por eso mismo y *á fortiori*, ¿no tenemos derecho para deducir que Dios por su parte, debe tener propension al hombre; que viniendo á él, viene á su propio dominio y casa, y que él se busca é investiga hasta cierto punto, en su imágen desfigurada para restablecerse en ella?

Esto era lo que espresaba un poeta gentil de fines del siglo de Augusto, en este admirable verso, que parece emanado del Evangelio de San Juan:

Descendit Deus, atque habitat, seque ipse requirit (1).

«Dios desciende á nosotros, habita en nosotros y se busca á sí mismo.»

Hé aquí lo que esplica que el Verbo, el mismo Verbo que estaba en la humanidad por la razon, esta razon pervertida, haya venido á restablecerla por la gracia, y que, haciéndose hombre, haya *habitado entre nosotros*.

Habria menos dificultad en admitir que, en su naturaleza primera, y tanto como es posible representárselo en la edad de oro de su inocencia, el hombre haya podido no ser indigno de que se uniera Dios á su propia imágen formada con sus manos y animada con su soplo, para elevarla á una participacion mas eminente de su divina perfeccion. Háse hecho indigno de ella por la degradacion en que ha caido. Sea. Pero se ha hecho tanto mas digno de ella por la desgracia de esta misma degradacion; lo cual repugna á la idea de santidad y responde tanto mejor á la idea de misericordia. ¡Ah! si Dios no hubiera podido dar curso á su misericordia hácia el hombre, sin lastimar su propia santidad, concebiria la objecion. Pero es esta una de las maravillas del Cristianismo. Dios en Jesucristo no manifiesta menos esta que aquella. Se desposa con nuestra degradacion, es cierto. ¿Pero es para mancharse con

(1) Manilio, *Astronomicon.*, lib. II.

ella y glorificarla como todos los falsos dioses? No; es para purificarnos y para hacerla expiar. Si se manifiesta su misericordia al buscarnos, su Santidad brilla á nuestro contacto. Muéstrase tal, en efecto, que no recibe ataque alguno, sino que basta infinitamente para lavar todos los crímenes del universo.

Por lo demás, hay en la repugnancia que combato una grosera ilusion. ¿De dónde proviene que seamos tan delicados y tan celosos con respecto á esta magestad y á esta santidad de Dios, que no podamos admitir que se hizo hombre? Es porque tenemos de El una elevadísima idea. ¡Pero qué! Es precisamente á la Creacion de Dios hecho hombre al Cristianismo, á quien debemos esta grande idea. No se halla, pues, tan en desacuerdo con esta creencia, y oponérsela es oponerse la flor al tronco, el fruto al árbol.

En una palabra, Jesucristo no sabria ser otro que el verdadero Dios, que nos ha dado á conocer, diciéndose tal. No es el hombre en su mas elevada potencia, seria mas bien el último de los hombres, y á decir verdad, un ser imposible de concebir, sino fuera ese Dios único de quien nos ha dado su sublime nocion, llamándose su Hijo consubstancial, no formando con El mas que un solo Dios. Esta nocion de Dios descansa de esta suerte enteramente en Jesucristo, no solo en doctrina, sino en acto y en persona. Le es inherente, y se sostiene ó se derrumba con El en nuestro espíritu.

Dirijamos una mirada sobre este gran asunto.

El hombre, en esta humanidad tan decaida, deja ver en sí restos aun magníficos de su primitiva grandeza, y como los relieves de un templo arruinado. Ofrece en grados diversos, pero siempre imperfectas, luces y virtudes que van superándose unas á otras, y que se disputan la primacía sin alcanzarla nunca. De esta suerte responde á un Ideal divino, de que es la imágen. Entre estas diversas figuras, aproximándose mas ó menos al

Ideal, aparece un hombre como este mismo Ideal divino. Es precedido, acompañado y seguido de mil pruebas de ser tal. Pero considerado en sí mismo, ejercita la fe que reclama. ¿En qué? En que se asemeja al hombre, y en que se encuentran rasgos suyos en todo otro hombre eminente en sabiduría, como Sócrates, por ejemplo, ó Confucio. Pero así debe ser, si es cierto que el hombre se le asemeja, y esto prueba solamente la grandeza original del hombre y su divino parentesco. La semejanza debe ser en tal caso reciproca, y debe volverse á encontrar en el tipo los rasgos de la imágen hecha segun él. La Sabiduría debe parecerse á los sabios, y cuando viene á mostrarse entre ellos, no hace mas que venir entre los *suyos*. La cuestion no consiste, pues, en saber si se parece al hombre, si no se le supera incomparablemente en perfeccion; si es la Perfeccion absoluta, á la que no podria aproximarse ninguna de de nuestras perfecciones relativas; en una palabra, si es el *Ideal* á cuyo lado todos nuestros sabios son sombras. Pues bien, que sea tal Jesucristo, todo el mundo conviene en ello. Es el solo, el único en la multitud innumerable de los humanos, que, sin orgullo por su parte, y sin lastimar el orgullo de ningun otro, pudo decir estas palabras que nadie ha atacado ni atacará nunca : «¿Quién de entre vosotros me convencerá de pecado?» (1) La impiedad y la fe se confunden á sus pies. Nadíe podria salvar la distancia que se siente existir entre su sabiduría y su santidad y todas las nuestras, y no ver en él el ideal humanizado. Este es un hecho. «Se entra, al hablar de El, en una especie de compresion involuntaria. Témese, en cuanto no se le pronuncia de rodillas y adorándole, profanar, con solo repetir su inefable nombre, respecto del cual el mas profundo respeto podria ser una blasfemia... Aun cuando no hubiera profecías y no hubiese hecho milagros, hay algo tan divino en su doctrina y en su vida, que por lo menos en-

(1) San Juan, VIII, 46.

cantan» : hasta el punto de que no es solamente el primero en verdad y en sabiduría, sino que es la misma Verdad y Sabiduría en la tierra, lo cual nadie puede desconocer sin que le falte algo en el espíritu y en el corazon, y que asi como no hay ni verdadera virtud ni rectitud de corazon, sin el amor de Jesucristo, no hay tampoco ni elevacion de intelígencia ni delicadeza de sentimiento, sin la admiracion de Jesucristo (1).» Hé aquí el lenguaje, no de la fe, sino del escepticismo : «Por eso la conciencia universal le ha conferido con justicia el título de *Hijo de Dios* (2). HÉ AQUI AL DIOS VIVO, HÉ AQUI AL QUE ES PRECISO ADORAR (3).»

Así, pues, los mismos que lo niegan, no pueden hacerlo, sino envolviéndose en adoracion.

Lo divino que se trasparenta en Jesucristo, hace pues desaparecer la sombra que podria oponer su semejanza humana.

Pero esta misma sombra, esta humanidad, esta carne del Verbo, conviene mejor á su Divinidad, velándola. Es cierto que él se ha revestido nuestra condicion humana de miseria y mortalidad y hasta se la ha revestido en lo que tiene mas bajo y mas funesto. Pero esto debe ser todavía, si es cierto que esta miserable condicion sea en él la prueba de todas sus perfecciones, el correctivo de todas las falaces corrupciones con que nos esforzamos en disfrazárnosla, la espiacion del pecado de que es ella la pena. En esto Jesucristo no hace mas que confirmar este carácter de tipo divino que hemos reconocido en él. Si no se hubiera adaptado á nuestra condicion, su manifestacion hubiera sido espantosa, en vez de ser auxiliadora de nuestra flaqueza. Era pues preciso que nos la mostrara en esta

(1) Sainte Beuve, *Puerto Real*, t. III, p. 350.
(2) Renan, *Vida de Jesus*.
(3) Renan, *Estudios de historia religiosa*.

misma condicion para que supiésemos lo que es preciso hacer para acomodarnos á ella. Para rehacernos á su semejanza celestial era necesario que él se hiciera á nuestra semejanza terrestre, que nos recogiese en Sí, en nuestro estado mas bajo, y que haciéndose hombre de dolor, lo cual es verdaderamente todo hombre en el mundo, pudiera decirse de él : *¡Hé aquí al Hombre!* hé aquí como debe volver á ganar lo que ha perdido. De esta suerte se ha hecho Jesucristo el *Camino*, la *Verdad* y la *Vida* (1). Camino doloroso y sangriento, es verdad, pero tanto mas santo y único meritorio para el hombre pecador. De esta suerte, no solamente nos lo ha mostrado, sino allanado con sus pisadas, y embalsamado y suavizado con las gracias y los encantos naturales que en él derrama. No pudiendo, sin violar la naturaleza moral de las cosas, suprimir el deber y el dolor, ha hecho encantador el dolor y el deber.

Ha vencido el mal en su propio terreno y lo ha convertido en remedio.

Atravesando el mundo visible de la criaturas que no era mas que un templo de ídolos, ha venido por medio de un procedimiento sensible, á luchar en cierto modo, con esas falsas divinidades, cuyo encanto esclavizaba á la humanidad, y purificando este atractivo de lo visible, nos ha vuelto á conducir por medio de él á lo invisible.

Para disipar el terror antiguo que teniamos á Dios, y para ganarnos sin violentarnos, ha depuesto todos los resplandores de su Magestad y todos los rayos de su Justicia; y se ha vuelto á cubrir de humanidad, de infancia, de pobreza; ha aparecido bajo las parábolas de padre de familia, de amigo, de esposo, de pastor ; háse sentado á nuestra mesa, ha caminado con nosotros por nuestros senderos; se ha hecho el de-

(1) San Juan, XIV, 6.

fensor de la mujer adúltera, el confidente de la Samaritana, el tributario de César, el simpático consolador de todas nuestras miserias y el curador de todos nuestros males; todo esto para no espantar al fugitivo de sus leyes, para amansar su presa y cazar sin ruido la salvacion humana.

Asi como el Génio del mal hizo caer al hombre por medio de la mujer, ha querido que tambien por la mujer, naciendo él de ella, derribase el hombre en tierra al mal, y que nuestro enemigo fuese cogido en sus propias redes. Nuevo Adam, sobre quien se arrojó este Enemigo, con la ciega confianza que le daban la caida del antiguo, y cuarenta siglos de tiranía ejercida sobre su raza, lo ha cogido como con el cebo de su humanidad, traspasándole con el dardo de su divinidad, y haciendo girar de esta suerte, en beneficio de nuestra salvacion, todo lo que se habia empleado en nuestra ruina.

Hé aquí algunos rasgos de este sublime y conmovedor misterio del Cristo Dios-Hombre, conversando con los hombres: del verdadero Emmanuel, Dios con Nosotros, en quien se manifestó en la tierra la benignidad y la bondad de Dios (1); que se anonadó á Sí mismo, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante á los demás hombres, y siendo reconocido por hombre por todo lo que apareció de él esteriormente (2), y á quien no obstante, ó mas bien por esto, llama San Pablo justamente el Gran Dios (3).

«El es, decia su Profeta seis siglos antes de su venida, Aquel que despide la luz, y ella marcha al instante, y la llama á Sí, y ella obedece luego temblando de respeto; que llama á las estrellas, y ellas acuden diciendo: aquí estamos, y resplandecen gozosas de servir al Señor que las crió. *Des-*

(1) A Tito, III, 4.
(2) *A los Filipenses*, II, 7.
(3) A Tito, II, 13.

pues de tales cosas, Él se ha dejado ver sobre la tierra y ha conversado con los hombres (1).»

Pero todos estos rasgos convergen á otro mas capital, en quien se elevan á un misterio mas sublime aun: el misterio de la Redencion.

(1) Baruch, III, 33, 38.

VIII.

EL CRISTO CRUCIFICADO REDENTOR DE LA RAZA HUMANA Y PACIFICADOR DE TODOS LOS SÉRES.

Llégale aquí la vez á esta verdad; que Jesucristo *es para el mundo*, disputando el paso á la otra verdad de que *el mundo es para Jesucristo*.

Ya hemos esplicado esta última en el capítulo IV, mostrando á Jesucristo como fin de la Creacion, heredero de todas las cosas y director de los destinos del universo. Hubiéramos podido tambien comenzar por el Principado universal de Jesucristo, como siendo la conquista de este gran sacrificio por el cual venció al pecado y salvó al mundo. Pero creemos estar mas en lo cierto diciendo que es el Señor del Universo, por derecho de nacimiento y por derecho de conquista.

Por derecho de nacimiento, es el *Primogénito de toda criatura*, para quien han sido hechas todas las cosas. El Verbo Creador debia tomar al mundo en nuestra humanidad, y *recapitulando en Sí todas las cosas*, purgarlas, no del pecado, que no las inficionaba todavía, sino de su flaqueza é indignidad naturales, para referirlas á Dios, su único fin. Debiendo encarnarse con este fin, que la criatura no hubiera podido alcanzar nunca por sí misma, por la distancia insuperable que separa lo finito de lo infinito, puede decirse que desde el orígen de la raza humana, era *suya*, y que El estaba comprendido en ella, puesto que debia salir de la misma como el